

El volante de mano: Augusto Solórzano.

de los pequeños mensajes a las grandes promesas.

Fascinado por el despliegue de la novedad, el hombre moderno vió ante sus ojos cómo los bienes y servicios eran promocionados a través de pequeños papelitos que, distribuidos en la calle por personas contratadas específicamente para este oficio, parecían poner al alcance de todo mundo grandes y pequeños sueños. El Inquieto, impetuoso e impaciente transeúnte moderno era informado de un sinnúmero de ofertas y novedades que eran impresas y distribuidas a manera de volantes, los cuales, dejaban de satisfacer en el preciso momento en que concluía el tiempo necesario para su consumo.

Aunque su origen resulta bastante incierto, todo parece indicar que el volante de mano que a diario reciben hoy por hoy los distraídos transeúntes de la ciudad en sus recorridos por las céntricas calles, aparecieron hace poco más o menos doscientos años como una forma de publicitar y dar a conocer al público en general, nuevas y milagrosas patentes de medicinas que prometían solucionar “jaquecas”, trastornos biliares, estreñimiento, e incluso, exterminar de una vez por todas, el mal aspecto y los desconocidos achaques de salud derivados del extenuante trabajo en las fábricas de producción en serie que llevaban a cabo los habitantes de las principales ciudades de Europa y los Estados Unidos. Tal vez, el antecedente más cercano del volante de mano esté en los anuncios que se insertaban en periódicos y revistas de circulación masiva conocidos para la época como “tarjetas comerciales”, los cuales, con el tiempo, fueron impresos y repartidos en

los lugares públicos en los que el agitado ritmo de la ciudad, de alguna forma, determinó para ellos un corto tiempo de vida. Pero más allá de intentar rastrear su historia, lo que bien vale la pena preguntarse aquí, es por ¿cuáles son las implicaciones que se esconden en el fondo de un acto tan sencillo como mirar y desechar rápidamente estos anuncios?

Sin duda alguna, podemos decir que ello es el reflejo, o más bien, un signo a través del cual se evidencia cómo la modernidad hizo del espacio de la ciudad, un espacio cargado de multiplicidades y de infinitas posibilidades de elección sobre un creciente consumo que llevó al trastocamiento de casi todos los contenidos culturales, entre ellos, el de la permanente mutación de la imagen y de las infinitas formas de interacción que el hombre moderno estableció con ella. Dentro de esta misma perspectiva, también vale acotar que esa misma fugacidad da cuenta también de cómo el transeúnte moderno -ahora convertido en consumidor- experimentó en sus recorridos por las agitadas calles la “realidad cambiante” que le ofrecía la novedad, juego versátil en el que prevalece y prevaleció lo efímero, lo fugaz, lo etéreo, y en el que las cosas están condenadas a una segura y temprana muerte.

De alguna forma, el volante de mano es el reflejo y la materialización pasajera de esa acelerada temporalidad del consumo tan característica de hoy en día, una temporalidad que por demás, hizo que lo superfluo fuera estimulado a fin de producir cada vez más un mayor número de bienes y de servicios del que en realidad necesitamos, todo ello para, precisamente, satisfacer el consumo de todos.

En el fondo, la posibilidad misma de experimentar nuevas fases de la realidad, no es más que ejercer el derecho moderno de apropiarse y luego desechar rápidamente de las imágenes y las cosas; signo de la disolución de todo lo sólido, al que recurre Berman para mostrar cómo en los tiempos modernos fue posible experimentar lo diverso que estaba presente en las pequeñas cosas, la multiplicidad y la diferencia, la pluralidad de sentidos, los malestares individuales, el auge de los pequeños metarrelatos y, por supuesto, la generación de pequeñas subculturas que tejieron tramas invisibles y la esencia de la ciudad misma.

Más allá de todo lo anterior y de lo precario que pueda mostrarse el origen del volante de mano, lo que vale resaltar en este momento es que él logra consolidarse como una forma efectiva de comunicación que concuerda a cabalidad con el agitado ritmo y fugacidad de la ciudad moderna. En las siguientes líneas, intentaremos mostrar algunos aspectos por los cuales ese volante de mano, a pesar de ser el reflejo de una modernidad apasionada por lo interesante y lo transitorio, logra constituirse en una forma muy particular de la memoria que sale a flote cuando el transeúnte recorre la calle y enfrenta el flujo de anónimos y apurados congéneres que, a manera de viajeros infatigables, plasman la belleza del presente, se embarcan en nuevas formas de espiritualidad y actúan de acuerdo a la impulsividad que les impone el flash del instante propio del ritmo ciudadano.

VOLANTE

EL VOLANTE COMO MEMORIA.

Tal vez hayan sido su fragilidad y precariedad dos de las principales causas para que el volante de mano no fuera merecedor de un archivo a través del cual fuera posible escudriñar minuciosamente sus casi imperceptibles cambios en el tiempo. Y es que pensar por un momento en un archivo de este tipo, permitiría indagar y de alguna forma entender muchos de los imaginarios colectivos que atraviesan a toda esa modernidad que le apostó al desarrollo de nuevos productos y que quiso a través de ellos satisfacer hasta sus más mínimos deseos.

En cierta medida, el hecho de carecer de este archivo físico, no impidió que el volante de mano se constituyera en una forma de la memoria individual y colectiva que ha dejado huellas duraderas. Bien vale preguntarse en este momento ¿cómo es que una forma de comunicación tan básica y sobre todo tan efímera logra constituirse en una memoria tan importante para toda una colectividad?

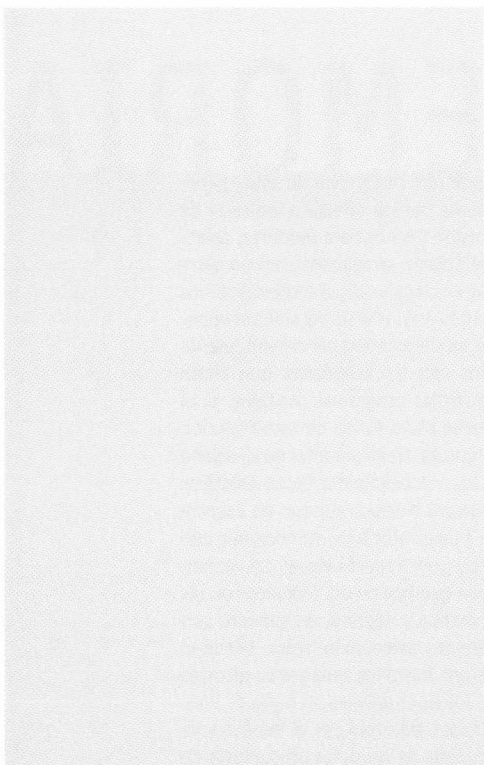
Para explorar un tinte de la respuesta, recordemos la bella metáfora de la pizarra mágica de la cual se valió S. Freud para explicar cómo operaba la memoria y cuáles eran los alcances de las percepciones temporales, percepciones que por demás, son las que dejan en nosotros las rápidas impresiones, entre ellas las que percibimos de los volantes de mano que recibimos en la calle. Como se recordará, en 1925 apareció en el mercado el populoso invento del "Wunderblock" o pizarra mágica, el cual consistía sencillamente en escribir sobre una lámina transparente de celuloide que, dispuesta sobre una capa de cera, permitía borrar rápidamente los apuntes con solo separar las dos superficies. Las similitudes entre este sencillo invento y la memoria sirvieron de base para que el psicoanalista pudiera establecer entre uno y otra una valiosa comparación e intentara a través suyo asegurar que los apuntes tomados y borrados rápidamente eran convertidos simplemente en el registro de percepciones concientes de las cuales no guardamos huellas duraderas, mientras que, todos los rezagos de la escritura permanente que quedaban registrados por debajo del papel encerado correspondían a todo el sistema mnemotécnico en el que reposan nuestras huellas permanentes. Aunque mucho podría acotarse sobre el papel que jugó la metáfora en todas las teorías científicas modernas y especialmente en las de S. Freud, lo que vale resaltar aquí es cómo el volante de mano se ha arraigado y conservado en las capas más internas de la memoria debido al amplio estímulo de percepciones que ellos nos producen, a pesar de que en sí mismos, ellos pueden ser comparados con la escritura que rápidamente se borra en la pizarra. En otras palabras, y siguiendo la metáfora freudiana, podría decirse que dar un rápido vistazo a uno de estos tantos volantes, equivale a escribir un texto "efímero" que en apariencia no deja huellas duraderas en la pizarra mágica; sin embargo, decimos efímero entre comillas porque éste, a pesar de desaparecer rápidamente, ha sido capaz de dejar pequeños rezagos de la escritura que van depositándose por debajo del papel encerado, huellas que a manera de imágenes se convierten con el tiempo en los fundamentos del recuerdo, una vez que éstas imágenes logran establecer paralelismos con otros sistemas contiguos.

Borrar el texto en la pizarra mágica casi equivale a deshacerse rápidamente de los volantes de mano que nos entregan en la calle. En uno y otro caso es el carácter efímero lo que precisamente constituye su verdadera esencia, y en uno y otro caso también, lo que cobra protagonismo son los estímulos que a manera de rezago o de huella quedan registrados en las capas más profundas de la memoria. A pesar de la transitoriedad de esta escritura fugaz que se hace sobre la superficie o, del rápido vistazo que se le da al volante, prevalece una forma efectiva de la comunicación, en tanto que lo borrado u olvidado no se pierde, sino que, más bien, eso mismo borrado u olvidado es convertido y reconvertido en imagen habitual que a manera de huella permanente, tiene la capacidad ilimitada de asociarse con nuevas percepciones; a través de un rápido vistazo que el transeúnte le da al volante, éste ve cómo lo extraño se transforma en familiar y a su vez cómo lo familiar también se le hace extraño.

En estos pequeños papelitos monocromos en los que aparecen mezclados toda clase de servicios, ofertas y demandas, el transeúnte es sorprendido por unos efectos extremadamente sencillos de forma y color. En una era dominada en gran parte por la producción de imágenes mediáticas a causa de la presencia invasora y omnipresente de la televisión, bien valdría preguntarse las razones que han llevado a que los volantes de mano se mantengan como una forma exitosa de comunicación que a toda costa se resiste a desaparecer. Aunque la respuesta bien podría dirigirse en muchos sentidos, tal vez la mayor razón para resistir estos embates omniabarcadores de la imagen mediática radique en que el volante de mano ha sabido conservar un bajo estatus económico que resulta irrisorio frente a la producción de comerciales e incluso frente al diseño y producción de las páginas Web. En esta misma dirección bien vale resaltar otro aspecto que los hace invencibles y es el de la rapidez con la que ellos son producidos y consumidos por una muchedumbre apurada que por curiosidad o por decencia recibe los volantes de manos de desconocidos y, rápidamente, por pudor o por pena se apresura a tirarlos metros más adelante. De alguna forma, la rapidez de su producción y consumo, su bajo costo y su fugaz eficacia se convierten en tres elementos claves para que estas piezas de comunicación visual amasen lógicas y retóricas similares a las que fundamentan el intercambio de mercancías.

Cada transeúnte que recibe uno de estos papelitos es conciente por vía directa o indirecta de que ellos no están hechos para perdurar, coleccionar o contemplar y, aunque esto mismo parece tenerlo muy en claro los diseñadores (si se nos permite llamarlos así), ello no ha sido un impedimento para modernizarlos permanentemente y diagramarlos con las facilidades que ahora ofrecen los distintos programas digitales. Si el volante no decae como forma de comunicación urbana es porque ha sabido adaptar en su diseño y producción los procedimientos tecno-estéticos propios de nuestro tiempo, aunque en esencia siga apegado a una tradicional monocromía que logra causarnos gran impacto visual, tal vez por la poca relación que hoy en día tenemos con las imágenes en blanco y negro y, en general, con todas las imágenes carentes de color. Desde el simple fothoshop, hasta los collages de recortes fotocopiados, los tipos móviles, el rapto de imágenes del internet, pasando por el famoso y ya difundido programa de Word, los productores de volantes parecen acatar la sugerencia foucaultiana de que descomponer, cortar, montar y pegar, resultan ser valiosas herramientas para componer otra cosa y para construir otros territorios, los territorios complejos y contradictorios del collage/montaje en el que las facultades imaginativas nunca parecen tener fin.

MEMORIA



Casi que insertándose de forma atrevida en el universo perceptivo del individuo, el volante de mano da cuenta de la exhibición y el trastocamiento sensible y afectivo que se halla presente en las relaciones que los habitantes modernos establecen con su entorno y con los demás. A través de cada uno de los imponentes gestos mecánicos que son capaces de desviar el rumbo determinado a toda una multitud, cada repartidor de volantes casi que plantea una especie de ritual ciudadano en el que la teatralización y la exhibición logran hacer partícipe a toda una colectividad. Evitar establecer un contacto directo y esquivarlos con éxito nos hace recordar muchos de los *performance* o *happening* contemporáneos en los cuales los artistas recurren a incesantes gestos repetitivos a fin de llamar la atención sobre un aspecto en particular. En la calle, el transeúnte o espectador es puesto en el centro de un evento en el que cobra vida el comportamiento azaroso y espontáneo de cada uno. Por momentos, el repartidor de volantes puede ser equiparado con un ingeniero de caminos salvo que de lo imaginario; cada volante que entrega se convierte en una traza o ruta para cumplir o rechazar cualquier deseo: desde el esquivo que por temor a verse involucrado en una situación embarazosa evita tener contacto directo con el volante, el escéptico que toma el papel y sin siquiera leerlo lo arroja un metro más adelante o, el consumidor de cualquiera de estos servicios, son partícipes de las mismas complejidades ciudadanas donde lo que se pone en juego son precisamente unas territorialidades afectivas e imaginativas inagotables.

Recorrer una céntrica calle donde tradicional o esporádicamente se reparten volantes hace que inconcientemente nos veamos envueltos en un gran *happening* en el que cada transeúnte se convierte en parte activa de una acción cuyo desarrollo está más o menos prefijado. Sin proponerse fines artísticos, cada repartidor de volantes termina por convertirse prácticamente en un artista moderno del *happening* o de la acción que afecta y sensibiliza al público, una vez que les permite experimentar distintas fases de la realidad. Por su parte, como ingeniero de caminos, este mismo personaje constituye un verdadero punto de cruce que interfiere con los gustos y actitudes particulares de cada uno de los transeúntes, quienes por persuasión o por decisión, se convierten en lectores de esa especie de escritura efímera plasmada en la superficie de la pizarra mágica en la que se revela cómo la vida común y corriente está impregnada del tinte de lo maravilloso. Es en la capa oculta de la pizarra mágica donde cada uno de nosotros cultivamos pequeñas utopías que dan cuenta de los vínculos afectivos y deseos más recónditos que tejemos con el mundo. Con intención o no, estos papelitos monocromáticos resaltan ese hormiguo vital del que habla M. Maffesoli, en tanto que están dirigidos a la continua oferta y demanda de gustos y necesidades particulares y concretas; ellos nos aproximan a las cosas y a los placeres hipotéticos, a la creación estilística, la teatralidad cotidiana, la publicidad, y la profusión del diario vivir, poniendo en evidencia una forma muy particular de comunicar y poner en escena nuestras necesidades afectivas, sentimientos y emociones tan propias de la ciudad moderna.

Por insulso que nos parezca, cada volante de mano no solo constituye un mecanismo de narración visual de ofertas y demandas y de bienes y servicios, sino que, además, en él se condensan gran parte de los imaginarios urbanos, de las memorias coexistentes y de los infinitos procesos de re-escritura que se obstinan permanentemente a desaparecer en la ciudad. Si hablamos de bienes y servicios, bien vale aclarar que por más heteréogeno y pluralista que en principio pueda ser considerada ésta forma de publicitar, no cualquier cosa ni cualquier servicio es distribuido mediante el volante de mano. Dentro de su variedad y diversidad temática, éstos casi que se restringen tan solo a temáticas sexuales, gastronómicas, esotéricas y, en una menor escala, a la salud y la belleza, los cursos de educación no formal en la que tienen cabida todos los géneros y, por supuesto, el descuento en todas sus facetas.

La razón de lo expuesto anteriormente puede radicar en que la función del volante de mano es ante todo la de sugerir la forma en que el transeúnte percibe la permanente oferta de novedades y emite a partir de ellas juicios sobre lo interesante, lo que en otras palabras sencillamente es influir de alguna manera en la forma de entender las cosas. Si al volante no se le guarda, ni se le colecciona, y casi que ni se le mira, es porque él hace las veces de mensaje escrito sobre esa pizarra mágica a la que nos referíamos líneas atrás: fascina, hipnotiza, domina y hechiza en la mera superficie de lo que cada uno considera como interesante, aunque en la capa más profunda afecte el modo en que sentimos, pensamos y actuamos. Conciente e inconcientemente cada volante de mano hace que procesemos un sin fin de juicios propios de la vida cotidiana moderna. Más que una simple forma de publicitar, ellos occultan procesos de imaginación y de significación que impregnan con su tinte maravilloso el aparente tedio de esa vida ordinaria en la que es posible disponer de un número ilimitado de posibilidades de elección entre la infinitud de alternativas que el mismo consumo ofrece. Y es que en el volante lo que aparece registrado casi siempre es lo nuevo y lo cambiante, terrenos en los cuales habita lo interesante; un mundo en el cual no existen reglas que puedan ordenar canónicamente un discurso; "lo interesante siempre es nuevo", razón por la cual, se desdibujan los límites de responsabilidad de quien con ello se compromete. El juicio de lo interesante que emitimos cuando un volante de mano cualquiera ha robado nuestra atención, es un juicio que por excelencia misma se legitima a través de la plena libertad. Si el sujeto se compromete libremente y acepta para sí lo agradable, también es libre para determinar el momento en el cual puede prescindir de aquello que dejó de suscitar su interés: nadie ejerce autoridad sobre lo que el sujeto mira, y es precisamente esa libertad la que ahora se constituirá en el rasgo más distintivo de él.

El circuito estético que se presenta entre el creador y el receptor de estos mensajes debe su eficacia principalmente al azar, a la coincidencia que pueda existir entre el servicio que se promociona en el volante y la necesidad que intenta suplir el apurado transeúnte. Por supuesto, ese azar es tan solo el punto de arranque de este circuito, ya que su desarrollo normal depende enteramente del poder de sugestión que pueda causar el volante al receptor. Es un hecho que por causa del azar cualquiera de nosotros al transitar por una calle cualquiera a una hora cualquiera recibamos en nuestras manos un anuncio en el que justamente se promociona algo que creemos necesitar. Es como si de alguna manera, esos papeletos monocromos estuvieran dispuestos en un ahí y un ahora para que cada transeúnte, por causa del destino, se encontrara con la posibilidad de satisfacer pequeñas utopías, utopías tan sencillas y particulares tales como evitar la caída del pelo, recuperar el amor perdido, recibir un exótico masaje sexual en el que se incluyen servicios de masajes o, encontrar el almuerzo corriente más económico del mercado. Y es que nadie en su sano juicio sale en busca de los volantes de mano; todo lo contrario, son los volantes que tras resistir los embates del desprecio salen al encuentro de sus posibles receptores. Nunca he visto el caso en el que una multitud se pelea por recibirlos y mucho menos se agolpe para poseerlos. Ni siquiera cuando se trata de descuentos u ofertas demasiado tentadoras en las que el volante se convierte en una puerta de acceso al descuento.

Si bien el volante activa nuestro mundo afectivo en tanto que hace que emitamos juicios muy rápidos acerca de lo que consideramos es bueno o malo, seguro e inseguro, decente e indecente, éste también opera como eslabón intermedio con el mundo emotivo, ese mundo en el que nos hacemos concientes de la experiencia afectiva a partir de la cual, podemos identificar las causas de placer o displacer, de interés o desinterés que suscitan en nosotros esos afectos.



A través de un intercambio móvil y totalmente desterritorializado, los repartidores de volantes ofrecen los caminos más rápidos para satisfacer cualquier tipo de deseo. En un breve recorrido por una calle céntrica de cualquier ciudad capital, es posible pasar rápidamente del sexo a la comida, de la magia a la peluquería, del esoterismo al licor, del churrasco al sexo oral entre muchas otras cosas que abarcan desde lo muy bueno hasta lo más insignificante y grotesco. Ello es precisamente lo que convierte al volante de mano en un mecanismo eficaz que propicia verdaderas estrategias de comunicación urbana, cuyos mensajes atienden a los más francos y recónditos deseos presentes en el universo complejo de todos y cada uno de los habitantes de la ciudad.

En la mayoría de los casos, lo que el volante de mano publicita se opone a los universos simbólicos de anclaje (seguridad y libertad), al tiempo regulado y, a toda aquella domesticación del universo material que tanto promulgan los legisladores, urbanistas y planificadores de la ciudad. Escondida paradójicamente a la luz de todos, esta forma tan particular de publicitar, constituye una modificación rotunda y sin retorno de la inserción espacio-temporal del transeúnte, quien no puede escapar a los deseos intocados que se encubren en los imaginarios sexuales, la exquisitez culinaria, las ventajas de hablar inglés, la economía de los descuentos y los benéficos esotéricos que ofrece un determinado riego mágico entre muchas otras cosas más. Lejos de la escritura evidente y clara sobre la superficie de una pizarra llamada la ciudad, lejos de la planificación y el orden, se esconden otras escrituras menos claras que, a manera de huellas profundas, hablan de otras temporalidades menos evidentes y mucho más ricas que se dan en el espacio urbano: se trata de esas continuas y cambiantes huellas que dejan las tramas invisibles de los deseos ocultos de las personas, los descuentos en las mercaderías, las *Happy hour* y de las franjas de tiempo específicas para rebajar los precios en cualquier tipo de producto o servicio.

En sí mismos, estos papelitos monocolor constituyen una de tantas formas de exhibir la ciudad en la que se plantea una constante lucha entre la legalidad y la ilegalidad, entre ese mundo planificado y ordenado en el que los transeúntes caminan apaciblemente por senderos demarcados y vigilados que los urbanistas detallan en sus planos y, ese otro mundo turbulento y caótico atravesado por los afectos e imaginarios de cada habitante. Se trata además de la ciudad tramada por los bares clandestinos, los centros de estética, la educación no formal, el esoterismo, los centros médicos de bajo precio y, por supuesto, de la ciudad de los almuerzos corrientes. Con todo lo anterior, lo que sale a flote a manera de aseveración puntual es que el volante de mano constituye un lazo estético que no se reduce a las normalizadas y planificadas formas del ordenamiento urbano. Los imaginarios que en él se condensan y las inserciones estéticas que él les permite a los habitantes de la ciudad, dan cuanta de esa complicada trama de las sociabilidades humanas, y del flujo infinito e invisible de afectos que penetra los cuerpos en movimiento de los desprevenidos y apurados transeúntes; ellos hacen parte de una de las tantas formas de la estética expandida y de la estética social que se rige por dispositivos clandestinos de autocontrol. En esta forma de escritura estética se teje una infinidad de relaciones comerciales y afectivas que dan cuenta de la multiplicidad y pluralidad de prácticas de supervivencia dentro de la ciudad.

Todo aquello que se promociona en los volantes de mano pone en evidencia pequeños y valiosos fragmentos de un dinámico y cambiante decorado cultural, técnico y tecnológico. Así, tradición y novedad, necesidad y azar, pero sobre todo, empiria y fantasía, se mezclan permanentemente a fin de hacer evidente un tipo de experiencia estética cercana y polimorfa, cuyo carácter móvil y cambiante no sólo constituye la esencia de la vida colectiva de las ciudades contemporáneas, sino que además establece una forma particular de la sociabilidad fugaz, que por más precaria que en principio pudiera parecer, resulta ser un auténtico mosaico de las memorias ciudadinas similar al que planteaba Roland Barthes, para quien el encuentro constituía el elemento clave para poder hablar la ciudad; ya que a partir de él, sus habitantes podían establecer un lenguaje, que dispuesto en forma de discurso, permitía atravesar y mirar el espacio físico de la ciudad en una especie de juego intrincado de identidades y de diferencias, de relaciones y de contradicciones en las cuales se reconocían sus habitantes.



Y así como su forma de distribución no está regulada por tiempos ni espacios específicos, esos insignificantes papelitos imprimen ritmos que no pueden ser capturados. Su ser efímero los coloca al lado de las estéticas menores, y lo convierte en pequeños circuitos sensoriales que se escabullen "entre los imaginarios de la gente" una vez que han enlazando temporalmente a los transeúntes de acuerdo a determinadas afecciones o desafecciones, o a determinados gustos y preferencias.

En términos generales, estos relatos visuales casi siempre emplean el texto y el icono para reforzar el mensaje. En su diseño es común el empleo de fotografías escaneadas, al igual que la fotocopia de muy baja definición. Son muy raros los casos en los que hace presencia la polí Cromía o el tiraje por tiro y retiro. En su lugar, la gran mayoría son impresos a una sola tinta que matiza y resalta un llamativo precio, realza una o varias partes específicas del mensaje y, al tiempo, sirve para enmarcar la totalidad del texto y de la imagen como queriendo establecer ciertos límites de lo que puede ser interesante a primera vista. Como sea, en todos ellos pareciera aplicarse el adagio de "menos precio, mayor alcance de cubrimiento", y esto tiene que ver precisamente con su carácter efímero que ya hemos mencionado en líneas atrás. La multiplicidad de referencias allí inscritas reaparecen una y otra vez, la mayoría de las veces sobre las vestigios de su propio devenir o en las historias de su presente; en otras palabras, se trata de imágenes completamente anónimas que existen gracias a que se repiten permanentemente, huellas que así como son producidas y observadas dentro de un espacio temporal específico, de la misma forma son desechadas; se trata también de la escritura efímera en una pizarra mágica llamada ciudad, donde lo que queda en la memoria de sus habitantes una vez dan un rápido vistazo al volante de mano es un simple recuerdo, una percepción ilimitada que, a manera de huella duradera, queda registrada en nuestra memoria como una profunda percepción.

BIBLIOGRAFÍA

- Amándola Giandomenico "La Ciudad posmoderna" Ed. Celeste, Madrid España 2000.
Barthes Roland "Lo Obvio y lo Obtuso", Imágenes, Gestos y Voces, Ed. Anagrama, Barcelona, España, 1992.
Chisthelo Fernández Pablo "La Psicología Colectiva un Fin de Siglo más Tarde" Ed. Anthropos, Barcelona España 2000.
Holfzafel Cristóbal "Crítica de la Razón Lúdica" Editorial Trotta, Buenos Aires Argentina, 2003.
Maffesoli Michael. "El Tiempo de las Tribus", Editorial Tesys S.A. Barcelona, España, 1990.
Maffesoli Michael. "El Elogio de la Razón Sensible"; Una Visión Intuitiva del Mundo Contemporáneo. Editorial Paidós, Barcelona, España, 1997.
Mandoki Katya. "Prosaica"; Introducción a la Estética de lo Cotidiano. Editorial Grijalbo, México D. F. México, 1994.